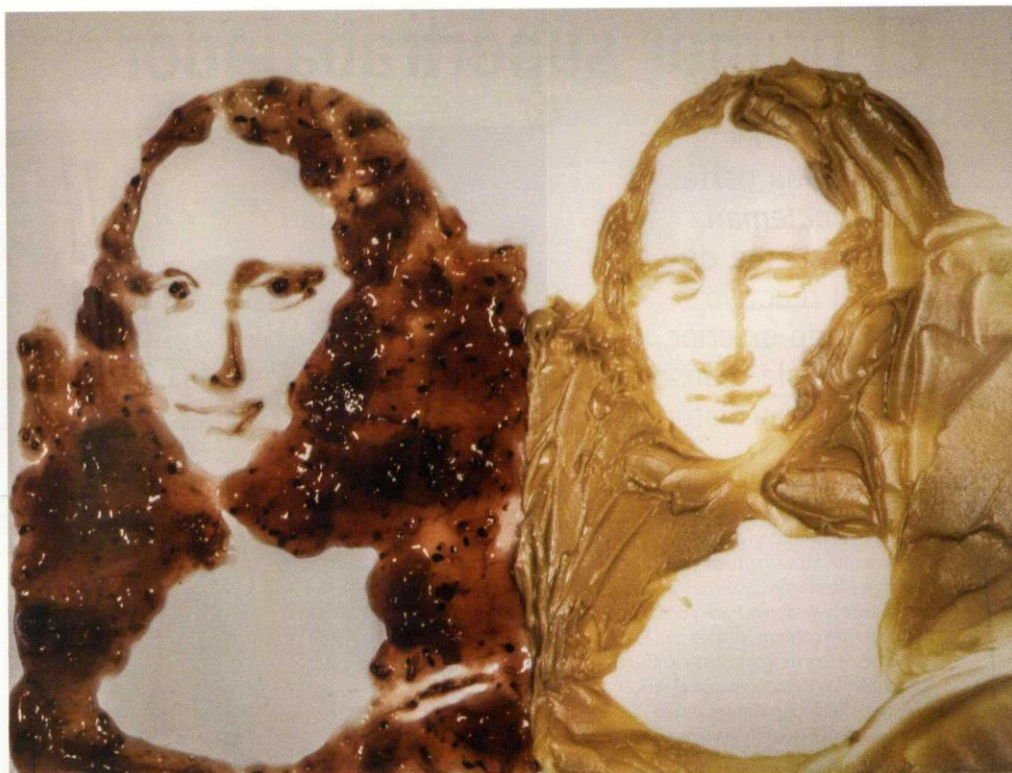


VIC MUNIZ.
BUENOS AIRES
MUNTREF
Sede Hotel de
Inmigrantes,
Av. Antártida
Argentina 1355.
Hasta el 14 de
septiembre



Mona Lisa doble (mantequilla de mani y jalea), de la serie "A la manera de Warhol", 1999

Materia y memoria

¿Cuán vigente está y cuán crítico puede ser un collage hoy, en pleno siglo XXI? El artista brasileiro de proyección internacional **Vic Muniz** exhibe en el Museo de los Inmigrantes una serie de obras incómodas que buscan generar alto impacto.

La técnica del collage, que pasó por días de esplendor y otros de perfil bajo a lo largo del siglo pasado, tuvo una última y espectacular parada en las manos de Vik Muniz (San Pablo, 1961). Pero el collage, para él, es más un medio que un fin: Muniz dispone sus objetos y recortes a la manera de Arcimboldo, para que reconozcamos la individualidad aberrante de cada uno y su lugar en una composición mayor: más que romperse, las imágenes quedan aglomeradas en una única

imagen superlativa, de la que se extrae finalmente una fotografía. Muniz tiene además el don de los grafiteros: el gusto por el impacto, el icono y los contornos de lo obvio. Con una enorme ocupación de la materia y la escala, construye imágenes con chocolate, piezas de puzzle, basura o hilo de coser, computadoras y ventiladores abandonados que emulan el crayón con el que un niño completa la piel de Barney en un libro para colorear. El collage es el género más representativo de los conflictos y las

aberraciones que en el siglo XX solían tomarse muy en serio; su economía es la del capitalismo industrial avanzado. En su origen, no fue más que una táctica defensiva de la pintura, amenazada por las fuerzas de la imagen reproducida serialmente, a las que trató de subsumir en su interior a través del corte y el pegamento. Por eso existe toda una preferencia hacia el collage y el archivo fotográfico que es inentendible sin el siglo que los hizo vivir: las imágenes de guerras o manifestaciones políticas retraducidas a un material cortado y

Estas obras sacan toda su fuerza de un solo cliché: la rendición de una imagen clásica de la historia de la cultura, alta o baja, buena o mala, convertida un material extravagante.

pegado, sin embargo, cargan con el problema de una enorme disociación técnica entre los medios y el resultado que se busca.

Las paredes del Museo de los Inmigrantes están llenas de textos que hacen referencia al estado crítico de las imágenes en la actualidad, pero en cada obra de Muniz la imagen es algo fijo, algo demasiado buscado, donde existe un solo sentido al que cientos de objetos y decisiones se subordinan. La sensación persistente al ver los trabajos, tanto como los de otros artistas que utilizan yeites parecidos, es que primero viene la imagen y después hay que encontrar cómo completarla. Primero Barney, después el crayón.

La muestra tiene un título peculiar (*Vik Muniz. Buenos Aires*) para ser una pequeña retrospectiva que recorre algunas de las series más conocidas de Muniz, como *The Best of Life* o *Imágenes de basura*, junto a una postal de Buenos Aires recreada a través de recortes de fotos de otras ciudades, que da lugar a un argumento sobre la localización y la deslocalización en una de las gacetillas de prensa que acompañan la muestra.

Que Vik Muniz es un artista muy popular, que su obra apunta al gran público, no deja lugar a dudas. Pero no solo es popular. También se ocupa de los grandes temas: la miseria, la guerra. A los títulos siempre en inglés —de series como *Wasteland* o *Aftermath*— y a la sensación de rigidez propia de la imagen publicitaria es imposible no sumarle la incomodidad frente a una obra que da pelea en el mercado secundario (en el terreno de los 100 mil dólares, llegando raramente a los 250 mil) con sentidos lamentosos de la injusticia, cuyos protagonistas son siempre los descastados, los hambrientos. Algo diferente ocurre en

los *Earthworks*, reversiones del *land art* histórico en las que Muniz muestra su veta *pixadora* y urbana, que hace que uno extraña a Banksy. También hay pasajes más líricos, como *Pictures of Thread*, con reversiones de Corot y otros artistas realizadas en hilo negro. Estas obras sacan toda su fuerza de un solo cliché: la rendición de una imagen clásica de la historia de la cultura, alta o baja, buena o mala, convertida un material extravagante. El juego consiste en descifrar una ola de Hokusai, un retrato de Warhol, una foto de Vietnam, etc.

Vik Muniz es ciertamente una calle extraña para iniciar una deriva por el arte brasileño contemporáneo. Tan extraño como que alguien de otro país conociera Buenos Aires a través del Shopping Abasto y el Village Recoleta. ¿No habría que ver primero la Recova y el Parque Lezama? No hubo por aquí una muestra de Leonilson, ni de Tunga, para no pensar en los artistas del tropicalismo o en los neoconcretos. De la obra de Oiticica se mostraron algunos escorzos hace diez años, en el MALBA; los bichos de Lygia Clark nunca conocieron la pista de aterrizaje de Ezeiza. Artistas más jóvenes como Fernanda Gomes o Renata Lucas son perfectas desconocidas entre nosotros. Teniendo tan cerca un país tan grande, y con una tradición tan abundante, ¿por qué hacer una retrospectiva de un artista eminentemente comercial y globalizado, relativamente joven, apoltronado en Nueva York hace tiempo y fatalmente fecho en los interrogantes de la fotografía internacional de los años 90? Tanto por sus medios físicos como por su empleo del archivo, Vik Muniz nos habla de un tiempo donde no existían Google ni Photoshop y donde era posible dibujar la *Gioconda* en manteca de maní o poner el énfasis en la relación trillada entre archivo, fotografía y memoria. Estas piruetas propias de lo que alguna vez se llamó "fotografía conceptual" parecen no haber sobrevivido al destino de su propio medio. El mapa político del mundo realizado con basura tecnológica parece un chiste amargo sobre el aparato fotográfico y su destino. ¿Tendrán la misma suerte los ingenios de hoy que, desde Internet, depositan su fe en el color degradado, el gif y la lujuria fácil de Tumblr? **Claudio Iglesias**

CIRCUITO: NUEVAS PROPUESTAS ESCÉNICAS

EL PORVENIR: TEATRO SUB-30

¿Y si entre estos nombres están las nuevas promesas de la dramaturgia argentina? Desde hace siete años, el festival El Porvenir presenta un combinado de obras —tres por noche— de directores de menos de treinta años que están comenzando a producir sus espectáculos sin pasar por el filtro de ningún programador. Es que la convocatoria de cada nueva edición surge de la recomendación de los directores que ya participaron en años anteriores, como una forma de acentuar las afinidades electivas. Algunos de los participantes: Belén Charpentier, Anabel Fasanelli, Gastón Santos, Noelia Ferrario, Marina Carrasco, Camila Peralta y Juan Prada. Para consultar la programación completa, visitar la web del C.C. Matienzo, Pringles 1249. Hay funciones los martes, jueves, viernes y domingos del mes, a las 20.

PASADO MAÑANA, UNA PERFORMANCE



"El juego con el nombre es más un deseo, que se puedan reciclar patrones incorporados en la lectura del hacer del cuerpo y que se puedan utilizar todavía mucho más las capacidades del cuerpo. La obra no trabaja en función del paso del tiempo en el cuerpo, de su envejecimiento o avances o deterioros, sino con todo lo que le sucede al cuerpo en un mismo momento." Algunas de las pistas que Viviana Iasperra y Melina Seldes conceden para decodificar una propuesta en la que dos mujeres se encuentran en un mismo espacio, en una performance que exhibe sus piezas en una relación con el espectador, poniendo en jaque al tiempo y sus gestos en secuencias físicas de alto impacto. Los sábados 22 y 29 a las 21, y domingos 23 y 30 a las 19 en Espacio LEM, Fitz Roy 2290.